



Cavias de fondo de barranco en Vallebrón. Fuerteventura. Foto: Antonio Perdomo Molina.

Antonio Perdomo Molina¹,
Fernando Sabaté Bel²
y Jaime Izquierdo Vallina³
Universidad de La Laguna, Tenerife

Las gavias de Fuerteventura

La agricultura del desierto

■ Fuerteventura estuvo manejada históricamente con dos modelos agroecológicos: el aborigen, netamente pastoril, y a partir de la conquista europea, por un modelo de agricultura basado en unas singulares estructuras agrarias que permitieron la producción en condiciones de muy escasa precipitación y suelos pobres. Estas estructuras, denominadas gavias, estaban ajustadas a las condiciones bioclimáticas y biogeográficas locales y su implantación acabó generando una notable capacidad de producción agraria, aun a pesar de la incertidumbre climática y del irregular comportamiento de las lluvias. La irregularidad condicionó la disparidad productiva de las gavias que, unida a la especulación comercial de los propietarios en los años de buenas cosechas, afectó al desabastecimiento y propició las consecuentes hambrunas.

Palabras clave:

Sistemas de recolección de aguas | Canarias | Adaptación a la aridez | Agricultura campesina.

Fuerteventura es la segunda isla en extensión superficial del archipiélago canario: con 1.725 km² se sitúa por detrás de Tenerife. Es, además, la más cercana al continente africano, existiendo menos distancia entre Fuerteventura y Seguía-el-Hamra, en África (inferior a 100 kilómetros) que entre ella y la más occidental de las Islas, El Hierro, a unos 450 kilómetros.

Esta proximidad al continente africano, su latitud y una conformación topográfica con ausencia de grandes elevaciones, le confieren un comportamiento climático caracterizado por una humedad relativa constante a lo largo del año (una media próxima al 70%), unas temperaturas altas, vientos constantes y fuertes y un elevado número de horas de insolación (7,2 horas/día de media anual). Ello da como resultado una altísima evaporación y unas condiciones de aridez extremas, con una precipitación media anual para el conjunto de la Isla que no alcanza los 150 litros/año. Las escasas precipitaciones tie-

*Bendita Fuerteventura / bendita sea tu gente
que mi tierra estaba seca / y la pintaron de verde.*

*El arado era el pincel / la semilla la pintura
pronto le daban color / a una sequita llanura.*

*Bendita Fuerteventura / benditos los majoreros
los que hicieron que brotaran / las flores de un seco suelo.⁴*

nen un comportamiento irregular *intra* e *inter* anual: se concentran en pocos días y es frecuente que durante varios años sean prácticamente inexistentes.

Los vientos alisios del NE, combinados con la ausencia de obstáculos montañosos importantes y la presencia de brisas fuertes ocasionadas por el contraste térmico que se produce entre la corriente fría de Canarias y el interior recalentado de la superficie insular, provoca que la erosión eólica sea muy alta. Al contrario del resto del archipiélago canario, donde el relieve complica las prácticas agrícolas, en Fuerteventura existen amplias superficies llanas en las que se podría desarrollar una actividad agrícola. Sin embargo, la ventaja de la llanura choca con el inconveniente de su aridez y con las características de sus suelos, de escasa potencia, pobres en materia orgánica, de mínima actividad biológica, con texturas gruesas o medias y, frecuentemente, cubiertos de gravas o piedras y con costras de cal (Perdomo Molina, 2002: 161-163).



Valle Guisgüey, el valle de las mil gavias. Foto: J. Izquierdo.

El núcleo central del modelo económico original de Fuerteventura desarrollado por los aborígenes majoreros era el pastoreo de ovejas y cabras, suplementado por un marisqueo de costa. Hoy en día no se sabe con certeza cómo, por qué, para qué y quién propició el poblamiento de las Islas Canarias. La única certeza sobre la que existe consenso científico a través de las investigaciones genéticas, similitudes lingüísticas y hallazgos arqueológicos es que el origen de los primeros pobladores se sitúa en el noroeste de África y en torno al cambio de era. Y todo parece indicar también que, al menos el contingente mayoritario, no llegó de forma voluntaria a las Islas, sino que fue trasladado de manera forzada

En resumen, estamos hablando prácticamente de un desierto (el territorio más árido de la UE), en el que los suelos cultivables representan menos del 17% de la superficie insular: unas 27.800 ha., de las que sólo 11.000 ha. (el 6,6 % de la superficie insular) permite un laboreo sistemático, y las restantes 16.800 ha. tan sólo un laboreo ocasional. Tales condiciones de aridez y las características edafológicas descritas nos adelantan que no son precisamente los de Fuerteventura suelos de buena calidad agronómica. Las “gavias”, la modalidad de cultivo principal de la isla y de las que hablaremos a continuación, ocupan unas 3.800 ha. (casi el 35% de las tierras más productivas de la Isla) lo que pone en evidencia su destacado protagonismo como sistema productivo (Perdomo Molina, 2002: 164).

En cualquier caso, no podemos olvidar que en la historia de Fuerteventura pesan mucho más las hambrunas, las incertidumbres y las desgracias asociadas a las dificultades inherentes a la limitada capacidad insular para producir alimentos, que los momentos de bonanza y abundancia, momentos éstos que, por lo demás, eran aprovechados principalmente por los propietarios de la Isla. Y tampoco hay que olvidar que los inteligentes métodos de producción agraria asociados a las gavias tienen, debidamente actualizados, reorganizados y contextualizados en la sociedad contemporánea, no sólo un valor pa-

trimonial y cultural inherente a la propia identidad territorial, sino una importancia ecológica manifiesta para conservar producciones, agroecosistemas y paisajes.

El modelo aborigen: pastoreo y marisqueo

El núcleo central del modelo económico original de Fuerteventura desarrollado por los aborígenes majoreros era el pastoreo de ovejas y cabras, suplementado por un marisqueo de costa. Hoy en día no se sabe con certeza cómo, por qué, para qué y quién propició el poblamiento de las Islas Canarias. La única certeza sobre la que existe consenso científico a través de las investigaciones genéticas, similitudes lingüísticas y hallazgos arqueológicos es que el origen de los primeros pobladores se sitúa en el noroeste de África y en torno al cambio de era. Y todo parece indicar también que, al menos el contingente mayoritario, no llegó de forma voluntaria a las Islas, sino que fue trasladado de manera forzada: es un hecho que, al menos en el momento de la conquista, ninguno de los grupos de pobladores en las siete islas conocía las artes de la navegación.

Fuera como fuese, en el caso de Fuerteventura, y en las demás islas también, aunque con matices, la actividad económica pri-

mordial de esos primeros pobladores descansaba sobre la ganadería y el pastoreo principalmente de cabras y, en menor medida, de ovejas y cerdos. Mientras que en las islas de mayor relieve el sistema de pastoreo se organizaba en vertical con movimientos trasterminantes de costa a cumbre, en el caso de Fuerteventura y también de Lanzarote, los movimientos del ganado tenían un carácter más bien horizontal, dada la característica topografía de ambas islas, con montañas de escasa altitud. Por su parte la agricultura aparece como una actividad secundaria. No obstante, algunos estudios arqueológicos realizados recientemente en la Cueva de Villaverde han identificado semillas de cebada, trigo y lenteja cultivadas por los *majos* (así se denomina a la población aborigen de la Isla) con una edad aproximada entre 1.300 y 1.600 años. La dieta de los aborígenes se complementaba con el marisqueo y la pesca desde el litoral y con la recolección de algunos productos vegetales silvestres.

La limitada producción de pastos y la estructura demográfica de los pobladores hacen suponer la existencia de una reglamentada y ordenada gestión del pastoreo adaptada a las características biogeográficas de la Isla. Algunas formas de gestión del pastoreo aborigen, como las “apañadas” (de las que hablaremos más adelante), han llegado hasta nuestros días.

El nuevo modelo agrario tras la conquista y colonización europea

Tras la conquista de Fuerteventura, comandada por los normandos Juan de Bethencourt y Gadifer de La Salle, que operaban al servicio del rey de Castilla, y acaecida en torno a 1404, se asienta en la Isla inicialmente “una población campesina que intenta trasladar sus técnicas agrícolas desde Normandía a Fuerteventura, a pesar de la gran diferencia entre ambas comarcas. La llegada posterior de colonizadores andaluces, con Diego García de Herrera y Pedro Fernández de Saavedra, redonda en el criterio agrícola que se le quiere dar a la Isla” (Roldán Verdejo, 2002: 85).

Le Canarien, la crónica de la conquista normanda de Lanzarote y Fuerteventura, “sugiere un ecosistema insular con unas disponibilidades de agua superiores a las que hoy posee la Isla: barrancos con un flujo notable, un buen número de fuentes naturales y unos sistemas de captación de aguas alternativos, que garantizarían a la población majorera un suministro suficiente para hacer frente a sus necesidades y las de sus rebaños”. Las referencias a que existían cuatro o cinco lugares con arroyos con caudal suficiente para mover molinos fueron ratificadas casi un siglo después por otros cronistas.

Todo ello puede darnos a entender la existencia de “un régimen de precipitaciones más intensas que las que conocemos en los últimos siglos. Resulta difícil discernir si se hubiese tratado de un episodio climático coyuntural —una sucesión de años con una pluviometría muy distinta a la actual— o si, por el contrario, se asiste en las Islas a finales de la Edad Media a una fase climática caracterizada por una mayor pluviometría” (Cabrera Pérez, 2015: 182).

En cualquier caso, es de suponer que los métodos agrícolas de los conquistadores no tuvieron demasiado éxito en una isla semi-desértica y con ausencia de suelos agrícolas manejados durante siglos como los del continente europeo y por ello mejorados en potencia, fertilización y capacidad productiva. Hubo que esperar a la puesta en marcha de un sistema de manejo mejor adaptado, que, en primer lugar, fuera capaz de recoger la escasa precipitación dispersa por amplias zonas del territorio, y, en segundo lugar, que permitiera conducir por gravedad

el agua y los limos que porta en suspensión mediante canalizaciones hacia puntos concretos en los que concentrarla de manera que empapara el suelo en el que poder cultivar. Ese es, en síntesis, el principio de funcionamiento de las gavias.

No se sabe con seguridad cuándo comenzó a desarrollarse el sistema de cultivo en gavias. En protocolos notariales de finales del siglo XVI no se habla de gavias sino de «vegas», lo que hace pensar que su introducción es más tardía. Se puede plantear, como primera hipótesis, que la génesis de las gavias se vincula a la llegada de esclavos capturados en Berbería, que no solo aportaron su fuerza de trabajo, sino, probablemente también, conocimientos, sistemas y modelos agrarios propios de sus desérticas regiones nativas del norte de África, cuya similitud con las particulares condiciones biogeográficas de Fuerteventura permitió adaptar tales saberes a la Isla (Perdomo Molina, 2002: 175).

En efecto, está constatada la realización durante siglos de *razzias* o *cabalgadas* que los señores territoriales de Fuerteventura y Lanzarote practicaban en el vecino continente, lo que nutrió a las islas orientales del archipiélago con un contingente adicional de población africana que en algunos momentos pudo llegar a ser mayoritario. Es cierto, además, que en algunas áreas geográficas del noroeste africano⁵ existen sistemas prácticamente idénticos a las gavias de Fuerteventura como, entre otros, el conjunto que forman los *meskat/mankaa* y *m'goud* de Túnez, lo que sustentaría el vínculo que acabamos de apuntar (Perdomo Molina, 2002).

Otra hipótesis alternativa se basa en considerar que, sin necesidad de contacto y réplica de modelos externos, se hubieran desarrollado de forma autónoma en el ámbito insular de Fuerteventura soluciones similares a partir de condicionantes territoriales semejantes (Perdomo Molina, 2002: 175), algo, por lo demás, muy habitual en el desenvolvimiento de las comunidades campesinas de todo el mundo (como, sin ir más lejos, sucedió con la domesticación de gramíneas silvestres y el surgimiento de cultivos de cereal en lugares muy alejados entre sí).

En cuanto al otro apartado del modelo histórico, la ganadería, las dificultades que debió afrontar fueron parecidas a las de la

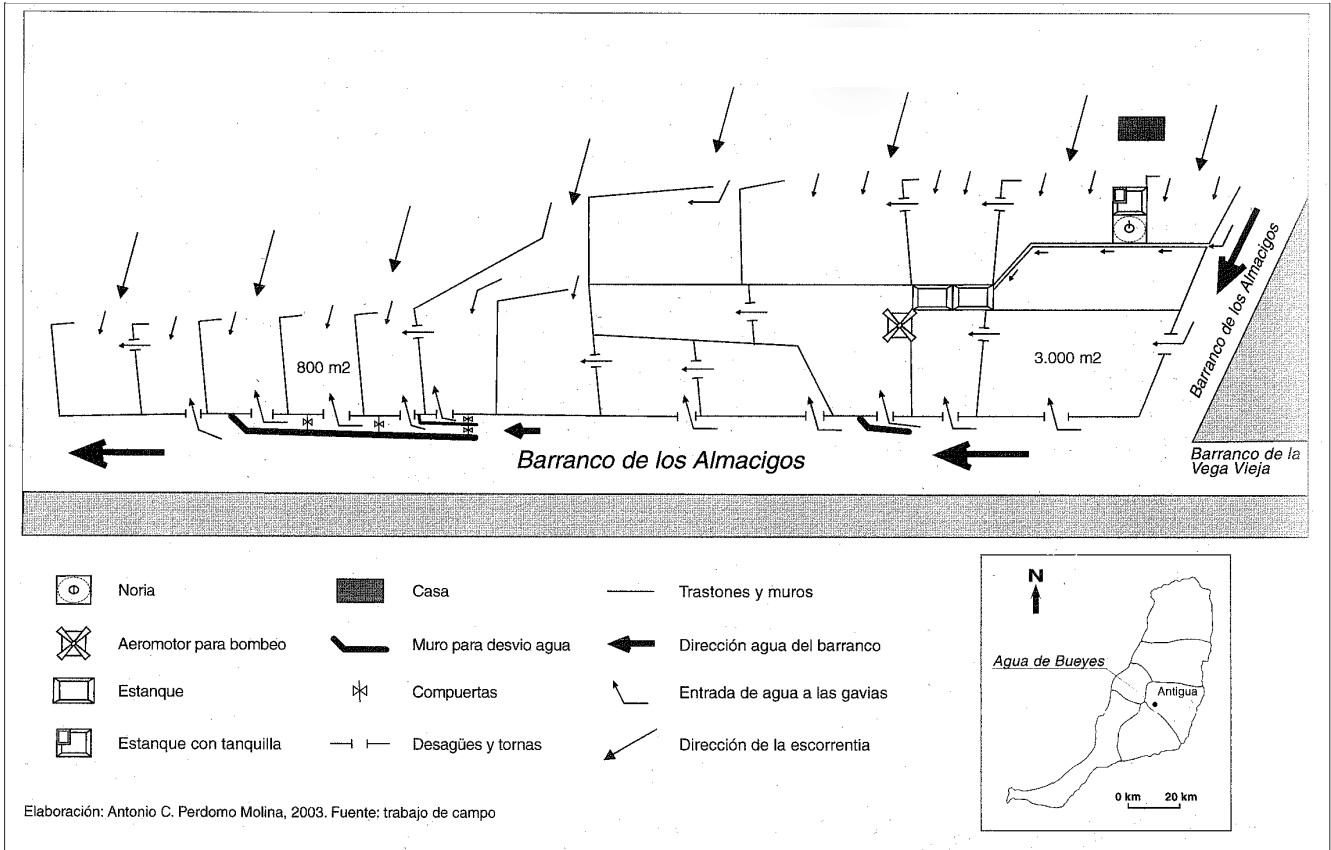
agricultura. La escasa capacidad de la Isla para generar pastos con los que alimentar a los animales, y la escasez de puntos de agua, limitan extraordinariamente su supervivencia, aún a pesar de la extraordinaria capacidad de adaptación, y durísima selección natural, singularmente del ganado caprino, para prosperar en unas condiciones tan extremas.

Tales limitaciones al crecimiento de la vegetación, sea a través del cultivo agrícola o de la producción de pasto en extensivo fuera de las zonas o del tiempo de cultivo, provocan que la ganadería y la agricultura más que complementarias, que también, hayan llegado a ser en Fuerteventura principalmente antagónicas, debido a su enconada lucha por la supervivencia. Ya desde los primeros tiempos de la colonización castellana, surgida tras la conquista, el Cabildo Insular tuvo que “determinar enérgicamente los derechos y limitaciones de ganaderos y agricultores. Al ganado, que pugna por entrar en las vegas en busca de pasto, solo se le deja recorrerlas cuando no hay cosecha. El resto del tiempo debe estar en las montañas o en la costa, adonde se le lleva periódicamente tras las apañadas⁶. Las vegas son vigiladas por guardas nombrados por el Cabildo y sancionados los ganaderos cuyas reses se encuentren pastando en ellas”, fuera del tiempo determinado al efecto (Roldán Verdejo, 2002: 96).

A diferencia de la economía aborígen precolonial, los intereses económicos de los nuevos propietarios, los colonos peninsulares, estarían desde entonces vinculados a la explotación de los recursos agrarios para la exportación (aunque fuera de los excedentes de grano a otras islas, los años benignos). En este sentido, la estrategia ecológica-económica de los aborígenes difería totalmente de la de los conquistadores, a pesar de que la llegada de los primeros pobladores insulares ya produjo, obviamente, importantes transformaciones en una ecología original ajena a la presencia humana. Si bien las dificultades de supervivencia de los majos estarían vinculadas a la penuria de recursos y a las sequías, en el nuevo periodo colonial lo habrían de estar, además, a la especulación comercial de los excedentes agrarios obtenidos cuando había buena cosecha.

En relación con el impacto humano sobre

ESQUEMA DE FUNCIONAMIENTO DE LAS GAVIAS DE AGUA DE BUEYES (ANTIGUA - FUERTEVENGURA)



el ecosistema insular, el investigador mayorero Juan Miguel Torres aclara que “la Isla no ha presentado siempre las características [de completa aridez] descritas, pues aproximadamente una décima parte de su superficie, distribuida por las montañas más elevadas de Betancuria y Jandía, conservó hasta hace pocos siglos un paisaje menos desértico del que ahora conocemos. La mayor disponibilidad de agua y la fertilidad de los suelos permitieron que albergaran una vegetación de carácter arbustivo y arbóreo ahora desaparecida. La destrucción de la cubierta vegetal de estas zonas, así como la del resto de la Isla, puede considerarse como uno de los procesos antrópicos que más han contribuido a la desertificación de Fuerteventura. La necesidad de leña, el laboreo de tierras en sectores de pendiente y el sobrepastoreo dejaron los suelos desprotegidos frente a la acción del agua y el viento, y los procesos de erosión se han visto acelerados” (Torres Cabrera, 2007: 11).

La implantación de la agricultura colonial precisó resolver dos condicionantes: en primer lugar, encontrar un modelo pertinente,

es decir, dotarse de un sistema agrario eficiente capaz de funcionar en las condiciones bioclimáticas, edafológicas y topográficas de la Isla; y, en segundo lugar, dotarse de mano de obra suficiente en cantidad, conocimiento y capacitación para implantarlo. La solución principal fue el desenvolvimiento de las gavias; ya fuera como consecuencia de un largo proceso local de prueba y error *ex novo*, o bien de la forma que apuntamos antes como primera hipótesis, a saber: la réplica de un sistema preexistente, bien conocido y ensayado en el Magreb y las regiones áridas del norte de África. En este último caso, las gavias no nacieron, por así decirlo, en la Isla, sino que se adoptaron y adaptaron en ésta, al igual que sucedió con los primeros pobladores indígenas, que no inventaron el pastoreo, sino que adaptaron sus conocimientos.

En efecto, si el primer poblamiento de la Isla se llevó a cabo con pueblos pastores procedentes de las montañas del norte de África, el segundo, producto de la colonización posterior a la conquista, se hizo tanto con colonos europeos, como, principalmente, con

poblaciones norteafricanas arrancadas de su tierra, que portaban saberes y habilidades para producir alimentos en regiones semidesérticas.

La implantación y consolidación de ese modelo de agricultura colonial se hizo en coexistencia con el modelo pastoril aborigen preexistente, lo que obligó a realizar nuevas adaptaciones, actualizaciones y controles para evitar, en la medida de lo posible, el conflicto entre agricultura y ganadería. El nuevo modelo agrícola se instaló en los espacios centrales de la isla, en los llanos y vegas entre montañas, y en los ejes de los barrancos. Por su parte, el modelo pastoril, se acantonó de forma principal en el perímetro costero y en los inhóspitos (en términos agronómicos) malpaíses volcánicos recientes y zonas montañosas, en un régimen que combinaba el pastoreo “bajo palo” (con los rebaños bajo control estricto de los pastores) con otros contingentes de cabras en condiciones de semilibertad. Ello dio lugar a la denominación de *ganados de costa*, es decir, que pastaban libres por las sierras, cuchillos y terrenos yermos del litoral, sometidos re-



Gavias bebiendo después del paso de la tormenta tropical Hermine en 2022. Foto: A. Perdomo.

No se sabe con seguridad cuándo comenzó a desarrollarse el sistema de cultivo en gavias. En protocolos notariales de finales del siglo XVI no se habla de gavias sino de «vegas», lo que hace pensar que su introducción es más tardía. Se puede plantear, como primera hipótesis, que la génesis de las gavias se vincula a la llegada de esclavos capturados en Berbería, que no solo aportaron su fuerza de trabajo, sino, probablemente también, conocimientos, sistemas y modelos agrarios propios de sus desérticas regiones nativas del norte de África, cuya similitud con las particulares condiciones biogeográficas de Fuerteventura permitió adaptar tales saberes a la Isla

gularmente a una gestión a través de las mencionadas apañadas.

Toda esta articulación de sistemas exigió, entre otras labores, levantar y mantener kilómetros de paredes de piedra seca (muchos de cuyos tramos se conservan hoy en estado ruinoso) para deslindar las áreas cultivables de las destinadas al pastoreo de suelta. Y también exigió establecer y sostener instituciones populares para procurar una convivencia adecuada entre ganadería, agricultura y conservación de los recursos naturales en general, como la figura de la *delantera* (sistema de turnos rotatorios, mediante el cual los cabreros controlaban desde posiciones estratégicas el acceso de los animales a arboledas y sembrados) o la de los *corrales del consejo* (recinto espacial y, a la vez,

institución social, destinada a retener el ganado suelto que era sorprendido causando daños a los cultivos, hasta que acudiera su propietario y pagara la sanción correspondiente) (Sabaté y Bermejo, 2023: 39). Pero volvamos al modelo agrario de las gavias.

Estructura, elementos y funcionamiento de las gavias

En una primera aproximación se puede decir que la gavia se compone de dos piezas principales e interconectadas, que constituyen una unidad y que no se pueden concebir la una sin la otra: i) el área de *alcogida* (la superficie o pequeña cuenca hidrográfica donde se produce la captación del agua de

lluvia); y ii) la *gavia* propiamente dicha (el terreno fértil hacia el que se dirige el agua captada en la escorrentía y donde se concentra utilizándose para la siembra y el cultivo).

El cultivo y manejo del agua por el sistema de gavias implica un conjunto ordenado de prácticas y conocimientos locales de laboreo, ingeniería hidráulica, irrigación, cultivos y edafología, que invitan a una mayor precisión en su referencia, pues no estamos hablando de una mera estructura agraria, sino de un complejo sistema de cultivo. De igual manera, al referirnos a las gavias como sistemas de riego no se hace justicia a la realidad, pues una técnica de regadío “implica una voluntariedad y control por parte del agricultor, así como disponer de la posibilidad de secuenciar los aportes para satisfacer las necesidades hídricas de los cultivos a lo largo de todo su ciclo vegetativo”, condiciones que no se dan en el caso del manejo de las gavias, que, como es obvio, dependen de la eventualidad de lluvia para poder ser cultivadas. Podrían considerarse, más bien, “una técnica propia del secano que aumenta las aportaciones naturales que se reciben de la lluvia” a través de unas estructuras que permiten la recogida de agua de escorrentía en extensivo para dirigirlas y concentrarlas en las zonas de cultivo (Perdomo Molina, 2002: 165).

En la estructuración del sistema, además del área de *alcogida* y de la parcela dedicada al cultivo, se identifica un conjunto de piezas que cumplen diferentes funciones (Perdomo Molina, 2002: 166-169):

- El *caño*. Es el “canal que conduce el agua hasta la *gavia*. Puede consistir en un canal simple que recoge el agua de la *alcogida* o en una verdadera red que se divide y jerarquiza en caños principales y secundarios” y por la que cuando llueve discurre el agua hacia la *gavia*.
- La *gavia* propiamente dicha, es decir, el “terreno agrícola circundado por un caballón de tierra, llamado *trastón*. Las dimensiones medias más usuales se sitúan en torno a los 3.000 m², aunque hay algunas gavias de varias hectáreas y otras de tan sólo cientos de metros. A estos terrenos se conduce la escorrentía con el objeto de propiciar su lenta infiltración (cuando se produce se dice que *la gavia está bebiendo*) y obtener un nivel de humedad subsuperficial que permita el cultivo una vez arada. El tiempo que tardan en infiltrar-

se las aguas depende, obviamente, de la textura del terreno. Lo usual es que se infiltre tras tres o cuatro días, pero en suelos muy arcillosos el proceso se puede prolongar por encima de los diez días”.

- El *trastón*. Como se ha indicado, es el caballón o “murete de tierra que rodea y delimita a la parcela de cultivo. Puede ser de tierra sólo o estar reforzado con piedras, especialmente en su sustentación” y, en ocasiones, fijado con arbustos o frutales. Su altura “varía entre 0,5 y 1,25 metros. Debe resistir el empuje del agua durante todo el tiempo que esta permanece estancada, puesto que una fisura (*portillo*) en su estructura provocaría daños irreparables en la gavia e incluso en todo el conjunto de gavias, al canalizar el agua de una manera concentrada sobre las siguientes parcelas. La razón de que se nivele exquisitamente el terreno, además de facilitar el laboreo y evitar una desigual infiltración en el terreno, la hemos de buscar en evitar sobrecargas sobre los trastones por el empuje del agua estancada”.

- La *torna de entrada*. Es “el punto por el cual el agua penetra en la gavia. Se trata de un rebaje en el trastón que presenta diversos grados de complejidad: desde los más sencillos que tan sólo tiene un rebaje a la altura del *caño*, a obras de mayor sofisticación estructural con compuertas y sistemas de desvío desde el cauce de las aguas torrenciales”.

- La *torna de salida o desagüe*. “Situado en el lado opuesto a la torna de entrada, es la abertura por la cual la gavia envía el agua sobrante al barranquillo o bien a otra gavia ubicada a cota más baja, cuando la anterior ya ésta está llena. De la altura a la que se sitúe depende la cantidad de agua que la gavia pueda acumular, pudiendo variar entre los 20 y los 70 centímetros respecto al fondo del terreno, siendo lo más usual encontrar desagües a unos 30 centímetros de altura, lo cual significaría que esa gavia llena recibiría una cantidad equivalente a 300 litros por metro cuadrado”.

- Las *compuertas*. Son “estructuras de control del flujo del agua que se instalan en algunos caños de cierta importancia. Mediante la apertura y cierre de las mismas se consigue dirigir el agua hacia un grupo de gavias o hacia otro, así como evitar la entrada de más caudal cuando las gavias han



Cerramiento de tierra (*trastón*) de una gavia reforzado con vegetación. Foto: J. López-Cepero.

En una primera aproximación se puede decir que la gavia se compone de dos piezas principales e interconectadas, que constituyen una unidad y que no se pueden concebir la una sin la otra: i) el área de *alcogida* (la superficie o pequeña cuenca hidrográfica donde se produce la captación del agua de lluvia); y ii) la *gavia* propiamente dicha (el terreno fértil hacia el que se dirige el agua captada en la escorrentía y donde se concentra utilizándose para la siembra y el cultivo)

recibido suficiente” y evitar problemas por exceso de agua, especialmente, cuando se dan precipitaciones torrenciales de mucha intensidad que, aunque infrecuentes, ocurren en algunas ocasiones.

Esta complejidad estructural de las gavias exige también una organización, una gestión y una reglamentación ecosocial y, en algunos aspectos, comunitaria, en especial en el mantenimiento de los caños y los elementos del sistema compartidos por varios propietarios.

Desde los primeros años de la conquista, las aguas superficiales de Fuerteventura “tienen la consideración de públicas y cualquiera está en el derecho de construir un caño o desviar las aguas hacia su gavia. Eso sí, debe respetar el turno que obliga la posición de su terreno, y no debe aprovechar más que el agua que es necesaria para que su gavia “beba”. Las gavias se llenan por riguroso turno en virtud de su posición respecto al caño, desde las situadas a mayor cota hasta las in-

feriores, lo que implica que durante aquellas precipitaciones que provocan escorrentías el agricultor ha de estar pendiente de abrir o cerrar la torna, bien para permitir el llenado de su gavia o dejarla discurrir hasta la siguiente. Además, como hemos indicado, debe controlar roturas que serían devastadoras”. (Perdomo Molina, 2002: 169).

Por lo general, las gavias se presentan asociadas formando un conjunto enlazado de parcelas con distintos propietarios. “A este conjunto organizado de tal modo se le denomina *rosa*. El término no tiene ninguna relación con la flor del mismo nombre. Su origen hay que buscarlo en la evolución, debida al seseo del español atlántico, de la voz ‘roza’ del verbo ‘rozar’, es decir, el proceso de roturación de terrenos” para su posterior cultivo (Perdomo Molina, 2002: 170).

Como es lógico, los escasos y bienvenidos días de lluvia eran recibidos con gran alborozo y también de mucha actividad para los

campesinos, afanados “en dar de beber a la tierra” y que todo funcionara bien en el complejo proceso de llenar “gavias y nateros, abriendo y cerrando tornas y compuertas, controlando que las troneras desaguaran bien, evitando que se hicieran portillos; re-conduciendo la escorrentía hacia maretas y aljibes; recogiendo el agua de las canales en los depósitos domésticos; y, en definitiva, almacenando la mayor cantidad posible del preciado elemento” para evitar perder una sola gota (Cerdeña Ruiz; Vera Sosa, 2015:15-16).

Reflexiones finales

En esta tercera década del siglo XXI cabría

preguntarse: ¿y ahora qué? ¿Para qué sirven hoy las gavias? Antes de responder a estos interrogantes conviene reconocer en ellas una forma de agricultura autónoma, sostenible, pero de verdad, sin *greenwashing*, con una huella de carbono mínima, si es que no nula, muy bien adaptada, como hemos procurado evidenciar, a las condiciones semidesérticas de Fuerteventura: factores de aridez que parecen agravarse con la crisis climática en curso.

Y pese a su excelente adecuación ecológica, el marco económico global y el de la *turistización* absoluta de la vida insular, ha relegado a las gavias a un estado de decadente rentabilidad monetaria y consiguiente abandono. Se precisa, entonces, concebir una estrategia de conservación

y una redefinición actualizada de funciones para las gavias, para el paisaje agrario histórico de Fuerteventura y, en general, para el modelo socioeconómico y territorial insular, al objeto de evitar que la desterritorialización y la erosión física y cultural del campo acaben por arrumbar los principales rasgos de la identidad isleña.

Aún en abandono y proceso de desarticulación en algunos casos, las gavias constituyen la principal, más representativa y singular estructura agraria del paisaje rural de la isla de Fuerteventura, y el anclaje más seguro para reconstruir y reinventar elementales niveles de soberanía alimentaria que la separen de su actual dependencia casi total del exterior. ■

▼ Notas

- 1 Antonio Perdomo Molina es profesor asociado del Departamento de Ingeniería Agraria y del Medio Natural y codirector de la Cátedra Cultural Pedro Molina Ramos de Estudios Campesinos de la Universidad de La Laguna.
- 2 Fernando Sabaté Bel es profesor del Departamento de Geografía e Historia y director del Aula Cultural de Etnografía de la Universidad de La Laguna.
- 3 Jaime Izquierdo Vallina es miembro de la Cátedra Cultural Pedro Molina Ramos de Estudios Campesinos de la Universidad de La Laguna.
- 4 Estrofas de dos polkas mayoreras cuya letra fue compuesta por Gabriel Rancel González para la Asociación Sociocultural Amigos de Punta Rasca (Sabaté Bel, 2011: 269).
- 5 Con más o menos similitudes a las gavias se encuentran también sistemas en otros lugares del mundo, desde los *khadin* y *ahar* de la India, al desierto del Néguev en Palestina o las “cajas de agua” mexicanas. Pero en estos casos, el vínculo humano directo con Fuerteventura parece mucho menos consistente.
- 6 La *apañada* es un singular método de manejo del caprino en Canarias que se ha mantenido en Lanzarote y, sobre todo, en Fuerteventura. Periódicamente, y por diversas razones, los propietarios del ganado son convocados para llevar a cabo una apañada de los animales que pastan libres por sectores abruptos y costas improductivas (desde el punto de vista agrícola). Esta actividad requiere de una sofisticada organización comunitaria y de unas “herramientas” de trabajo también singulares: el perro *Bardino Mayorero* (raza antigua y vernácula de la Isla, especializada en acosar al ganado por el campo para que se dirija hacia el punto de concentración), la *gambuesa* (corral amplio donde se encierran las reses para proceder al reconocimiento de la propiedad de cada animal a través de las marcas de cada casa, y al marcaje de los *baifos* (cabritos) que nacieron en el campo) y las largas lanzas (entre 2,5 y 3 metros de longitud) denominadas *latas* en Fuerteventura y Lanzarote (que utilizadas a modo de pértiga y mediante saltos permiten descender rápidamente por los riscos y también de apoyo para trepar). Las apañadas constituyen una práctica prehispánica conservada tras la conquista; representan una formidable respuesta adaptativa al hecho de que, antes de la industrialización de la producción de forrajes y su comercialización global, las características del clima y el territorio de Fuerteventura no ofrecían recursos suficientes para mantener a la totalidad del ganado en corrales próximos a los lugares de residencia principal, aportándoles la alimentación necesaria. Por eso, la suelta y cría de cabras y otros ganados en las costas constituyó una estrategia provechosa para el aprovisionamiento, complementario, pero esencial, de carne, leche y otros subproductos durante siglos (Sabaté y Bermejo, 2023: 58).

▼ Referencias bibliográficas

- CABRERA PÉREZ, J. C. (2015), “El agua en el mundo aborigen”, en *Fuerteventura. La cultura del agua*, Puerto del Rosario, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura.
- CERDEÑA RUIZ, R. y E. VERA SOSA (coords.) (2015), *Fuerteventura. La cultura del agua*, Puerto del Rosario, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura.
- LOBO CABRERA, M. (1988), “Los antiguos protocolos de Fuerteventura (1578-1606)”, *Tebeto. Anexo II. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, Puerto del Rosario, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura.
- PERDOMO MOLINA, A.C. (2002), “El sistema de cultivo en gavias de Fuerteventura (Islas Canarias, España): la gestión del agua en un espacio árido”, en *Antología sobre pequeño riego. Vol III: sistemas de riego no convencionales*, Montecillo (México), Colegio de Postgraduados, pp. 161-185.
- PERDOMO MOLINA, A.C. (2015), “Los sistemas tradicionales de recolección de agua de Canarias: las gavias y los nateros”, en J. Tello Marquina; J.L. Porcuna Coto y M.C. Jaizme-Vega (coords.), *La sociedad, la agricultura y el suelo*, Santa Cruz de Tenerife, pp. 89/101.
- ROLDÁN VERDEJO, R. (2002), *El hambre en Fuerteventura 1600–1800*, Puerto del Rosario, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura.
- SABATÉ BEL, F. (2011), *El país del pargo salado. Naturaleza, cultura y territorio en el Sur de Tenerife (1875-1950)*, San Cristóbal de La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.
- SABATÉ BEL, F. y L.A. BERMEJO ASENSIO (2023), “Aproximación a los paisajes culturales vinculados al pastoreo”, en *El legado de la trashumancia y el pastoreo en Canarias*, Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias.
- TORRES CABRERA, J. M. (2007), “La desertificación de Fuerteventura”, *Rincones del Atlántico*, nº 4. Tenerife.



www.anove.es

Somos de estar en el **ajo**



Nos implicamos a fondo con todo el sector,
generamos un negocio de **más de 1.000 millones**
de euros anuales en nuestro país.

Somos vida
anove
Asociación Nacional
de Obtentores Vegetales